

*Por fin en
Marshington
Abbey*

Por fin en Marshington Abbey

Título original: *A Noble Masquerade*

© 2015 by Kristi Ann Hunter

Originally published in English under the title:

A Noble Masquerade

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo
y María del Mar Rodríguez Barrena

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Paseo de Gracia 118, principal
08008 Barcelona
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Yolande de Kort/Arcangel Images

Primera edición: marzo de 2017

Segunda edición: abril de 2017

Depósito legal: B. 1.853-2017

ISBN: 978-84-16550-92-0

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Kristi Ann Hunter

*Por fin en
Marshington
Abbey*



Libros de
seda

*Al Creador,
que tuvo la grandeza de hacernos a su imagen y semejanza,
dotándonos al mismo tiempo de individualidad.*

GÉNESIS, 1:27

*Y a Jacob,
tan increíble, que es fuente de inspiración para todos
mis héroes, aunque sea en los pequeños detalles.*

Prólogo



Hertfordshire, Inglaterra, 1800



Que a una niña de ocho años se le caiga un trozo de tarta de queso al suelo nunca es motivo de alegría, y por supuesto no le toma cariño al niño culpable de la caída que se ríe a carcajadas.

Unos enormes lagrimones aparecieron en los ojos de *lady* Miranda Hawthorne al contemplar la tarta abandonada en el suelo. Apretó sus pequeños puños a ambos lados del cuerpo.

—¡Henry Lampton, eres un bruto! —Miranda, con las mejillas húmedas, levantó la tarta del suelo y se la tiró al niño, que seguía riéndose. En cierto modo, le pareció muy satisfactorio ver cómo el cremoso postre le manchaba la camisa y la sonrisa desaparecía de sus labios.

Miranda no tuvo mucho tiempo para disfrutar de su venganza, porque su madre apareció para llevársela de la fiesta. Su progenitora no dijo ni una sola palabra hasta que la puerta estuvo cerrada una vez que entraron en su gabinete.

—Miranda, una dama jamás expresa su descontento en público. —La regañina de su madre fue serena pero firme, como de costumbre.

Aunque sabía que su madre lo hacía con buenas intenciones, Miranda se estremecía cada vez que escuchaba las palabras: «Miranda,



una dama jamás...». Aunque de vez en cuando las cambiaba por: «Miranda, una dama siempre...». Pero, en ese caso, era algo del estilo: «Miranda, una dama siempre presta atención a sus invitados, aunque le resulten aburridos».

Miranda sabía que no debía hablar mientras su progenitora la sermoneaba. Siempre que intentaba defender sus actos, lo único que lograba era prolongar la tortura. De manera que esperó hasta que su madre la despachó.

Sin embargo, en vez de regresar a la fiesta, corrió a su dormitorio, se arrojó a la cama y comenzó a aporrear la almohada por lo injusto que era todo.

Un trozo de papel blanco que había sobre la mesilla de noche le llamó la atención. La última carta de su hermano seguro que era más interesante que elaborar una lista mental con todas las cosas que las reglas de su madre le impedían hacer.

Dos años antes, cuando Griffith se marchó al internado, su madre decidió que mantener correspondencia con él sería un ejercicio excelente para que Miranda practicara su caligrafía. Las primeras cartas habían consistido en poco más que en su nombre y una frase sobre su muñeca preferida, pero con el paso del tiempo su hermano y ella habían ido ganando confianza.

Su correspondencia tenía el beneficio añadido de ofrecerle a Miranda un lugar donde ventilar las frustraciones provocadas por su madre.

Rompió el sello, emocionada y ansiosa por conocer las últimas proezas de su hermano.

Queridísima hermana:

Por la presente espero que estés bien. Tu última carta fue lo suficientemente larga como para agradecer el hecho de ser un duque. El coste del envío de tanto papel debe de ser



elevado. Tal vez no debas tratar de echar abajo a patadas los paneles de las bancas la próxima vez que te aburras en la iglesia.

Miranda frunció el ceño. ¿Qué otra cosa se suponía que iba a hacer? El sermón de aquel día fue extremadamente aburrido y su madre le había advertido la semana anterior de que una dama jamás se dormía en la iglesia. Obligarla a mantenerse sentada durante una hora más aquella tarde fue un castigo excesivo.

Marsh se las arregló para ayudarnos a evitar a un grupo de muchachos mayores que pretendían obligarnos a que hiciéramos sus tareas. Sigo agradeciéndole a Dios que haya enviado a otro joven de alcurnia a este lugar. Sus modales son un poco toscos, a pesar de haber heredado el título cuando era niño. Se le da casi tan mal ser un caballero como a ti ser una dama.

Sacarle la lengua a un trozo de papel era de lo más absurdo, pero de todas maneras Miranda se sintió mejor haciéndolo. Sin duda, Griffith estaba esforzándose en la medida de lo posible para refinar los modales de su amigo. Su amado padre había sido el responsable de la buena educación de Griffith antes de que muriera trágicamente tres años antes.

Sé que es difícil, pero trata de controlarte un poco. Madre se preocupó muchísimo cuando te encontró muerta de risa en el suelo por culpa de ese libro que estabas leyendo.

El recuerdo le arrancó una sonrisa de los labios. Se trataba de un libro muy gracioso.

Algún día, Miranda, agradecerás que nuestra madre te haya educado desde tan joven. Sería de gran ayuda que trataras de poner en práctica sus enseñanzas.

¿Acaso pensaba que no lo intentaba, que disfrutaba sentándose en el sillón de terciopelo azul situado junto al escritorio de su madre mientras la sermoneaba sobre el comportamiento de una dama?

Bajó de un salto de la cama y corrió hacia su escritorio, emplazado bajo la ventana. Tras tomar pluma y papel, pensó en la mejor manera de describir el incidente de la tarta de queso de forma que Griffith lo entendiera.

Ella trataba de comportarse. De verdad que lo hacía. Pero ¿cómo conseguía alguien dominar sus emociones cuando se sentía feliz, triste o asustado? ¿Acaso no se debía hacer algo con dichas emociones?

Era como las anécdotas que le contaba Griffith sobre su amigo. Marshington comprendía que, a veces, se debía ir contra las normas para que las cosas sucedieran. Como aquella vez que dejó la ventana abierta para que los exámenes de los alumnos de quinto salieran volando. Recoger los papeles evitó que los alumnos de más edad entrenaran aquel día, de manera que Marshington y Griffith por fin consiguieron jugar al críquet sin que les lanzaran pelotas a la cabeza.

Marshington habría hecho algo más que arrojarle la tarta de queso sucia a Henry. Habría encontrado el modo de que el muchacho le llevara otro trozo. Tal vez incluso una tarta entera.

La habría rescatado en vez de echarle un sermón. De la misma manera que había rescatado a Griffith de las torturas durante su primer mes de estancia en el internado.

Una idea cobró forma en su mente.

¿Sería capaz de llevarla a cabo?

Mojó la pluma con la tinta, pero no la presionó sobre el papel. La dejó suspendida un buen rato, hasta que una gota acabó cayendo sobre

la prístina superficie. Tras soltar un largo suspiro, apoyó el plumín en el papel y empezó a escribir.

Querido Marshington:

Era algo insólito, incluso escandaloso, lo que le añadía emoción. Un acto liberador. Una pequeña rebelión a espaldas de su bienintencionada madre y de la censura de su perfecto hermano mayor.

Nunca la enviaría, por supuesto. Una dama jamás mantenía correspondencia con un varón desconocido. Pero el simple hecho de escribir su nombre hizo que se sintiera muy osada.

A medida que describía el incidente de la tarta, sin prestar mucha atención a la elección de palabras adecuadas o a la caligrafía, sucedió algo inesperado. Aquello la tranquilizó. Y empezó a comprender que tal vez, solo tal vez, su madre tuviera razón.

Arrojarle la tarta a Henry no le había servido de nada.

Pero quizás escribir al mejor amigo de su hermano sí le sirviera.

Capítulo 1



Hertfordshire, Inglaterra, Otoño de 1812

ady Miranda Hawthorne apoyaría a su hermana esa noche aunque muriera en el intento. A juzgar por el dolor que ya le entumecía la cara, era una posibilidad más que real. Se masajeó las mejillas con la esperanza de que la sonrisa forzada pareciera, también para ella, menos dura que la madera de la puerta que tenía delante.

Giró el pomo de latón con fuerza, abrió la puerta de un tirón y salió al pasillo. Andaba con paso firme. Con una postura perfecta. Nada conseguiría que olvidase las interminables lecciones de su madre sobre los modales que debía tener una dama.

Después, se topó con un muro.

En fin, tampoco era exactamente un muro. Los muros no aparecían en mitad de los pasillos, cubiertos de paño de lana.

—Le pido disculpas, *milady*.

Ni tampoco hablaban.

Miranda alzó la vista para contemplar el obstáculo, que en realidad era un hombre de constitución fuerte. Retrocedió un paso y puso la mayor distancia posible entre ellos sin entrar en su dormitorio. Tuvo que alzar mucho la vista. Muchísimo.

Los últimos vestigios de sol se filtraban por el enorme ventanal del extremo del pasillo, lanzando sus rayos dorados sobre el suelo y sobre el amplio torso del hombre.

No era de la familia. Todos sus parientes tenían el pelo rubio, incluidos los que eran tan lejanos que no reconocerían el parentesco de no ser porque su hermano era duque. La penumbra que reinaba en el pasillo le impedía distinguir el color exacto, pero la «barricada» que se alzaba delante de ella tenía el pelo muy oscuro recogido en una coleta en la nuca.

Tomó una honda bocanada de aire y se recordó cuál era su posición. Era una dama de alcurnia. La hija y hermana de un duque. En algún punto de su interior debía encontrar la arrogancia aristocrática que tantas de sus amistades demostraban. Si ese intruso tenía intenciones aviesas, la palabra sería su única defensa. Esos largos brazos podrían retenerla antes de dar dos pasos siquiera.

Claro que todavía no se había movido. Permanecía plantado en el pasillo mientras ella lo miraba.

—Disculpe. —Miranda casi aplaudió de alegría al oír el tono altivo y seco que indicaba que no se estaba disculpando con nadie—. ¿Quién es usted?

Intentó mirarlo a los ojos, pero esa mirada franca la puso nerviosa e hizo que se desconcentrara. El hecho de que tomara varias bocanadas de aire y las fosas nasales se le llenaran con la curiosa mezcla del olor del jabón y de la colonia amaderada que llevaba tampoco la ayudó mucho. En la penumbra del pasillo, el hombre no se daría cuenta de dónde estaba mirando. Con suerte.

El aludido le mostró una levita negra de gala.

—Llevo la levita que su excelencia se pondrá esta noche. He tenido que plancharla de nuevo.

Miranda entrecerró los ojos.

—¿Ha tenido que plancharla de nuevo? ¿No debería encargarse el señor Herbert de planchar la ropa del duque? Se lo voy a preguntar de nuevo. ¿Quién es usted?



—Yo...

Un portazo hizo que los dos volvieran la cabeza cuando su hermano, Griffith, salió de sus aposentos.

—Ahí estás, Marlow.

Miranda examinó a uno y a otro. Ambos eran hombres corpulentos, aunque Griffith lo era un poco más. Dado que parecía un gigante rubio de constitución fuerte y anchos hombros, el aspecto de Griffith creaba tanta sensación como su título nobiliario. El desconocido, Marlow, era más bajo y más delgado, por no mencionar que carecía de título, pero de alguna manera, el criado se las apañaba para aparentar ser el más poderoso de los dos.

Una ridiculez, sobre todo teniendo en cuenta que Griffith era el duque de Riverton y que estaba en la flor de la vida.

Su hermano le echó un brazo por encima de los hombros y señaló a la barricada humana.

—Miranda, te presento a mi nuevo ayuda de cámara.

Parpadeó, sorprendida.

—¿Dónde está Herbert?

Griffith meneó la cabeza al tiempo que se volvía para permitir que Marlow le pusiera la levita.

—Querida Miranda, el señor Herbert es un anciano. Se ha jubilado. Me ha atendido durante quince años y ya había atendido a nuestro padre al menos otros treinta. ¿Esperabas que siguiera trabajando aquí hasta que muriese?

Miranda enarcó las cejas y fulminó a su hermano con la mirada.

—No, pero tenía la impresión de que tú sí. Te sugerí hace tres años que le concedieras una pensión. —Se volvió para saludar como era debido al nuevo ayuda de cámara.

El hombre hizo una reverencia e inclinó la cabeza para saludarla con una sonrisilla en los labios y sin bajar la mirada tal como haría un criado.

Miranda se quedó sin aire en los pulmones cuando vio esos increíbles ojos grises. Siempre había creído que el gris era un color insípido y soso, pero «misteriosos» y «arrebataadores» eran los adjetivos más apropiados para describir los ojos de ese hombre. Sus profundidades ocultaban un sinfín de secretos.

Se desentendió de semejantes pensamientos, que solo podían estar provocados por la mortecina luz del sol, y saludó con un gesto de cabeza al criado.

—Un placer conocerlo, Marlow. Espero que disfrute de su trabajo en esta casa.

—Gracias, *milady*. —El criado hizo una reverencia antes de ajustar la corbata de su hermano. Tras asentir con la cabeza, se hizo a un lado.

Griffith le ofreció el brazo a Miranda antes de echar a andar por el pasillo.

—¿Cuándo lo contrataste? —susurró Miranda cuando se acercaban a la escalinata. Miró por encima del hombro a la figura del criado, que ya se alejaba.

—Esta mañana. De momento, me está complaciendo mucho.

—Menos mal. Si no te complaciera menos de doce horas después de su contratación, su futuro en el puesto sería poco halagüeño.

Se reunieron con su madre en el salón.

—Miranda, estás muy guapa.

Mientras su madre la abrazaba con cuidado, ella se centró en el amor que había tras el cumplido y se tragó la observación de que estaba guapa porque lucía uno de los vestidos de color pastel que su madre le había permitido comprar durante la última temporada en vez de los vestidos blancos y de color crema que la había obligado a ponerse durante las dos primeras tras su presentación en sociedad. La siguiente temporada sería la cuarta, y esperaba poder eliminar por completo los colores que le hacían parecer una muerta.

—Siento que William no pudiera acompañarte en el viaje. —Miranda se sentó en el diván de brocado de seda verde a sabiendas de que seguramente tendrían que esperar bastante hasta que su hermana menor, Georgina, se reuniera con ellos.

Su madre esbozó una sonrisilla cuando se sentó junto a ella.

—Yo también lo siento. La próxima vez, prolongaré mi visita y él me acompañará.

Griffith acomodó su corpulento cuerpo en un sillón orejero.

—¿Volverás para Navidad?

Su madre negó con la cabeza.

—Hemos decidido viajar a la costa para celebrar las fiestas. Como sabéis, no tuvimos luna de miel.

El amor que su madre sentía por su flamante marido le quitaba muchos años de encima, y eso que había envejecido mucho mejor que cualquier otra persona que Miranda conociera. Casi podrían pasar por hermanas cuando sonreía de esa forma.

—Ser *lady* Blackstone te sienta bien.

—Pues sí. Ha sido sencillísimo dejar de ser duquesa para convertirme en condesa, en contra de la opinión de mis amigas. —Le dio unas palmaditas a Miranda en la mano—. No sé cómo agradeceros que nos hayáis concedido este año.

Griffith se levantó para besar a su madre en la mejilla.

—Te lo mereces, madre. Sus hijos están casados. Los tuyos son prácticamente adultos ya. Deberías tener la oportunidad de organizar tu casa sin tenernos pegados.

Miranda asintió con la cabeza para darle la razón, aunque debía admitir que ese último año también había sido una liberación para ella. Sin la vigilancia constante de su madre y sus interminables recordatorios sobre el comportamiento apropiado de una dama, había podido relajarse un poco, disfrutar e incluso hacer amigos. Tener a su madre en la casa durante esa semana había tensado al máximo el control que ejercía sobre sus emociones.

La mujer miró hacia la puerta, preocupada.

—Pero ¿le estoy fallando a Georgina? Lo ha pasado fatal desde que me mudé. Tal vez debería quedarme. O llevármela a Blackstone conmigo.

Miranda nunca había visto a su madre dudar. Durante toda su vida, la había tenido como una mujer segura de sí misma, inamovible. Le dolía ver la culpa y la duda en sus ojos. Sobre todo, porque dicha culpa estaba provocada por algo que sus hijos la habían instado a hacer.

En cuanto a Georgina, sus travesuras infantiles y sus arrebatos de celos en Londres, unos cuantos meses antes, habían estado a punto de arruinar la relación entre Miranda y dos de sus mejores amigas. Sentir atracción por un hombre no justificaba el hecho de esparcir rumores maliciosos sobre la mujer a la que dicho hombre cortejaba. Lo que sentía al pensar en aquella época no era precisamente lástima.

—Georgina se buscó ella sola los problemas y creo que ha aprendido de ellos.

Griffith colocó una mano en el hombro de su madre.

—Y ahora estás aquí, en el momento clave, cuando Georgina va a asistir a su primer baile como adulta, aunque solo sea un evento rural.

—Fue un buen comienzo para Miranda. Quería que Georgina contara con los mismos beneficios.

Miranda carraspeó y clavó la mirada en el otro extremo de la estancia tras haber decidido que el jarrón verde y rojo reclamaba su total atención. Ese supuesto beneficio le había servido de bien poco. Aún estaba soltera y era más que probable que siguiera así en el futuro más cercano.

Descubrir que el hombre con quien planeaba casarse estaba más interesado en un trozo de tierra que en ella podía tener ese efecto en una mujer.

Una despampanante muchacha de diecisiete años, ataviada con un vestido blanco níveo, entró en el salón. Era muy injusto que,

aunque ambas hermanas tuvieran casi el mismo color de pelo y el mismo cutis, Georgina consiguiera que el color de la pureza pareciera angelical. Había algo en ella que le otorgaba una especie de aura intocable, casi etérea.

Recordó entonces a la niña vigorosa de rizos rubios. Los años le habían sentado bien.

—Estás preciosa, Georgina.

—Gracias, querida hermana. Tú también estás guapa esta noche. Ese tono azul te favorece más que el blanco. Me alegro de que este año hayas podido añadir un toque de color a tu vestuario.

Los años también la habían convertido en una consentida. ¿Georgina había querido hacerle un cumplido o recordarle que ya no pertenecía al grupo de debutantes que competirían por el mejor marido?

Fuera como fuese, un cumplido por parte de Georgina era algo poco común y maravilloso. De modo que lo aceptaría de esa forma.

—Gracias. Creo que prefiero la variedad. Tal vez así destacaré entre todo el blanco. —Hizo una mueca al ver que Georgina esbozaba una sonrisilla y que su madre fruncía el ceño.

No había sido su intención pronunciar la última frase en voz alta. ¿O sí? Claro que no hacía falta mucha imaginación para pensar que los caballeros la encontrarían más atractiva cuando no pareciera una enferma.

De repente, el recuerdo de la sonrisilla del ayuda de cámara se coló en su mente, así como su olor. Estuvo a punto de salir corriendo hacia la puerta con la esperanza de que la fresca brisa nocturna disipara el olor de ese hombre de su cabeza. Su inminente soltería debía de preocuparla más de lo que se había percatado si un criado le llamaba la atención de esa forma.

Claro que era un criado muy apuesto.

Tras unos minutos de conversación, subieron al carruaje que los esperaba. Miranda se sentó en el sentido contrario a la marcha, igual que

su hermano, para que su madre y su hermana lo hicieran en el sentido de la marcha. Georgina se pegó a la ventanilla del carruaje para mirar por ella, y su emocionada cháchara reverberó en el interior durante todo el trayecto hasta llegar a su destino.

Miranda sintió que los celos le formaban un nudo en la garganta. Esa clase de emoción y de expectación la había abandonado hacía mucho tiempo. Las reuniones sociales se habían convertido en una obligación. Sí, seguían siendo entretenidas, pero también eran muy habituales.

La voz serena de su madre contestaba a la voz cantarina de Georgina, pero Miranda no le prestó atención a lo que decía. Era muy probable que su madre le recordase a su hermana menor cuál era el comportamiento apropiado que se esperaba de ella. Miranda había oído esos consejos tantas veces que era capaz de recitarlos incluso dormida.

Se apearon del carruaje para recorrer el corto trayecto que llevaba hasta el salón de asueto. Su madre le dio un apretón a Georgina en el brazo y se inclinó para susurrarle algo al oído. La sonrisa de su hermana se volvió más deslumbrante (¿cómo era posible?) y asintió con la cabeza antes de darle un beso en la mejilla a su madre.

Miranda recorrió con la mirada la multitud de personas que se dirigía al salón. Las conocía a todas. Las mismas caras que llevaba tres años viendo.

Pasaron entre los farolillos de madera tallados y subieron por el sendero que conducía al salón. Hacía una eternidad, o eso le parecía, que había recorrido ese conocido sendero de ladrillos para asistir a su presentación en sociedad. El traqueteo de los carruajes y los ruidos de los caballos que esperaban a los asistentes a la velada se le antojó como música en aquel entonces. En ese momento, todo le parecía muy ruidoso.

Caminó a paso lento, decidida a captar todo lo que hubiera podido pasar por alto antes y desesperada de veras por descubrir algo nuevo y emocionante.

Cuando por fin entró en el salón, la cohorte de admiradores de Georgina ya estaba reunida. La inocente emoción del trayecto en carruaje se había transformado en una elegancia estudiada y en cierta coquetería. Su reluciente vestido blanco ya se movía entre los bailarines, y a juzgar por el grupo de jóvenes que la observaban, estaría muy solicitada durante el resto de la velada.

Miranda se negó a sentir celos, al menos, no demasiados. Fue en busca de un vaso de limonada y cruzó la estancia para charlar con algunas de sus amigas casadas y con un grupo de madres que vigilaban a sus hijas al borde de la pista de baile.



Había empleado al menos veinte nombres distintos durante los últimos nueve años, pero ninguno le había causado tantos problemas como ese. Recordar que en ese momento era Marlow, ayuda de cámara de uno de los hombres más afamados y poderosos del país, le estaba costando un esfuerzo considerable.

En ese momento más que nunca tenía que creerse el personaje. Tenía que pensar, actuar e incluso respirar como Marlow, ayuda de cámara del duque de Riverton. Por el escritorio de ese hombre pasaba todos los días una increíble cantidad de información privilegiada. Hasta qué punto dicha información podía servirle de ayuda a Napoleón era un misterio.

El error más mínimo podría significar el fracaso de la misión. La que sería su última misión.

Desechó esa idea, ya que no quería pensar en la cantidad de hombres que habían resultado heridos, capturados o asesinados en su último viaje a las sombras. Mantenerse alerta le permitiría llegar a la jubilación de esa actividad en vez de hablar de ella.

Se negaba a morir como el señor Marlow. Era un nombre espantoso, razón por la que lo había escogido para esa misión. Evitaría que se

sintiera cómodo, que se olvidara de que estaba en esa casa como criado del poderoso duque de Riverton, no como su amigo.

Después de que la familia se marchara para el baile campestre, los criados no tardaron mucho en terminar sus tareas para retirarse a dormir. Mientras las últimas criadas se afanaban en los pisos superiores, Marlow se dedicó a preparar los aposentos del duque para el regreso de Griffith... no, para el regreso de su excelencia.

Había registrado la habitación del duque al llegar esa tarde. Todo su ser se rebelaba contra la idea de que su antiguo amigo estuviera al tanto de las actividades de alta traición que se llevaban a cabo en la propiedad, pero no podía permitirse el lujo de desechar esa posibilidad.

Todo el mundo era sospechoso al principio.

Fue muy fácil registrar los dormitorios desocupados y descartarlos de sus sospechas. Utilizar dichas estancias de forma habitual habría despertado la curiosidad de alguien. Seguramente, sus objetivos usaban una zona más pública para sus aviesas actividades. Era más sencillo ocultarse a simple vista.

Se detuvo delante de la puerta de la habitación de *lady* Miranda y puso la mano en el pomo. Esbozó una sonrisilla al recordar cómo había salido por la puerta, como Enrique V al declamar «una vez más en la brecha».

La apasionada firmeza de su expresión lo había sorprendido. Sabía que había pasado demasiado tiempo en las sombras, pero no se había percatado de que una emoción sincera pudiera afectarle tanto.

El tiempo pasaba sin que apartara la mano del pomo de la puerta. Debería entrar, registrar su habitación. Ser una mujer guapa y emotiva no la libraba de la sospecha. De hecho, la aumentaría en cierto sentido. El instinto le decía que estaba cortada por el mismo patrón que su hermano, pero no podía permitirse que la intuición fuera su guía. Tenía que convencer a su cerebro.

Apartó la mano con brusquedad. Hizo ademán de pasársela por el pelo, pero recordó que se lo había recogido en una coleta. Esa parte esencial de su disfraz, el peinado perfecto e insufrible, tenía que permanecer impecable por si alguien lo veía. Liberó la frustración tirándose de las solapas mientras se daba media vuelta.

La habitación de Miranda seguiría en el mismo sitio al día siguiente. Podía empezar la búsqueda en las estancias más públicas, ya lidiaría con esa extraña indecisión. No quería decir que ella fuera inocente, solo que estaba permitiendo que el instinto le indicara a quién debía investigar antes. Estaba casi convencido de que debía de ser alguien del servicio, así que bien podría empezar por las estancias a las que tenían acceso la mayoría de los criados.

Casi se convenció de que era verdad mientras bajaba en silencio la escalinata.